

Reedición

Javier Romero

El ingrediente perfecto



EL INGREDIENTE PERFECTO

JAVIER ROMERO

© Javier Romero

Octubre de 2018

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diseño de portada: Asesoría literaria Alfa

Uno

—Quiero hacer un brindis.

Levantaron sus copas al unísono con la vista clavada en el hombre que sonreía con suficiencia sentado en el lugar presidencial de la mesa. Su pose era la de quien se sabe admirado y odiado a partes iguales, pero al que nada importa, excepto sí mismo.

—Por Marco, ¡el Rey Midas de los restaurantes!

—¡Por Marco!

El artífice del brindis miró al homenajeado con admiración y éste le correspondió con un simple movimiento de cabeza. Al tiempo que los demás dejaban sus copas en la mesa, Marco se levantó con parsimonia y carraspeó antes de comenzar a hablar con voz poderosa.

—Quiero daros las gracias a todos por este brindis y por acompañarme en la apertura de mi décimo restaurante. Lo que en un principio fue tildado de locura por muchos, incluyendo a mi propio padre —explicó para regocijo de sus oyentes—, ahora es una realidad. *Marco cuisine exquisite* es un sueño que tuve hace mucho tiempo y que ahora forma parte de nuestras vidas. —Marco levantó su copa al igual que habían hecho sus amigos un instante antes y bebió un sorbo del mejor champán francés.

—Por vosotros —dijo aún con la copa en alto—, mis mejores amigos.

Se sentó sin dejar de sonreír y todos en la mesa comenzaron a charlar animosamente como si aquel brindis no hubiera existido. El joven que había levantado su copa por Marco, sentado a su derecha, se acercó a él para hablarle pero fue interrumpido por una mujer, con un vestido rojo muy ajustado, que se había aproximado a Marco sigilosamente por la espalda y que, tras posar sus manos en los hombros del empresario, se inclinó y lo besó en el cuello.

—¿Nos vemos esta noche? —preguntó con voz sensual y un ligero acento.

—Puede ser que sí o puede ser que no —respondió Marco sin tan siquiera volverse—. Quizá te llame luego.

—Esperaré pegada al teléfono, *mon cheri*. —Volvió a besarlo en el cuello y se marchó de la misma forma que había llegado; caminando como un felino silencioso e insinuante.

—No puedo creerlo —comentó el joven tras escuchar el breve intercambio de palabras de su amigo y la mujer de rojo.

—¿El qué no puedes creer?

—Si yo le hubiera dicho lo que tú, me hubiera mandado a la mierda.

Marco sonrió y chasqueó la lengua.

—Pero tú no eres yo.

—Eso está claro. —El joven suspiró resignado—. Qué envidia me das. A mí me tocará peli porno y tú podrás elegir con quien te acuestas.

Marco se levantó de repente y le puso la mano en el hombro a su amigo que realmente parecía abatido.

—Cristian, es lo que tiene el dinero y tú me ayudas a conseguirlo porque eres un buen amigo y un buen abogado. No le des más vueltas y no abuses del porno.

El empresario se disculpó y abandonó la mesa para acercarse a la barra. Estaba muerto de sed y el Moët & Chandon que estaban bebiendo en la mesa le reseca la garganta. Necesitaba algo más fuerte que le hiciera sentir

en la cima del mundo. Nada más acercarse a la barra, una camarera rubia acudió a su encuentro.

—Buenas noches, jefe.

—Hola, Brenda —saludó dirigiendo una breve mirada a la joven—. Ponme un *Tom Collins* bien cargado.

—¿Y no prefiere algo con más... cuerpo?

Marco levantó la vista con lentitud y la clavó en el escote de la camarera que dejaba muy poco a la imaginación. Un segundo después la miró a los ojos.

—¿Qué me sugieres?

—Sugiero un jacuzzi, un buen masaje y lo que usted quiera de mí.

Marcó sonrió satisfecho y se inclinó sobre la barra para acercarse a la camarera y de paso observar el nacimiento de unos senos que ya conocía y que había probado con anterioridad.

—Puede ser que sí o puede ser que no. Quizá te llame luego, preciosa. Y ahora, ponme un *Tom Collins*.

La joven ronroneó como un gatito y le lanzó un beso que él ignoró acostumbrado a esas muestras efusivas. Esperó su bebida y, cuando la tuvo en su poder, la cogió sin mirar a la camarera y se marchó en dirección a la cocina, el lugar donde seguía sintiéndose más a gusto a pesar de haber dejado los fogones años atrás.

—Buenas noches, *chef* —le saludó el jefe de cocina, un hombre algo mayor que él y muy grueso, con un bigote a lo *Chaplin*, entretenido en flambear una tortilla Alaska en miniatura.

—Buenas noches, August. ¿Qué tal la noche? —preguntó al tiempo que se sentaba en una banquetta, reservada para él, situada junto a la puerta.

—Como siempre, señor —explicó sin dejar el soplete y sin apartar la vista del dulce—. Un éxito. Cuarenta y ocho mesas incluyendo la del concejal que es la única que sigue operativa. Los demás están con los postres.

—¿Algún problema con la mesa Vip?

—Los de cada noche —contestó encogiéndose de hombros—. Mucho alcohol y mujeres pero nada de eso tiene que ver con la cocina.

Marco observó una vez más los movimientos de los cocineros y sus ayudantes, se levantó y no añadió nada más. Confiaba en aquel hombre que le había ayudado a levantar su cadena de restaurantes y que se había convertido en un pilar fundamental para el antiguo cocinero y ahora empresario. August era lo que el propio Marco llamaba un chef volante que estaba allí donde se le necesitaba y que ahora se encargaba de poner en marcha la cocina del local recién inaugurado.

Regresó al salón con la copa en la mano y observó el ambiente con ojos escrutadores y confirmó lo que ya sabía de antemano. Como había comentado su amigo Cristian, todo lo que tocaba se convertía en oro y el décimo restaurante de la cadena *Marco cuisine exquisite* no era una excepción. El ambiente lujoso y la cocina minimalista de diseño se mezclaban en una combinación perfecta que lo había llevado al éxito. Era un hombre atractivo, ambicioso y muy rico. A sus treinta y tres años, todavía se mantenía en forma y su cuerpo delgado y fibroso acompañaba un rostro perfilado y angulado que le daba un aspecto duro, tan solo suavizado por una mirada gris con la que encandilaba a las mujeres. Únicamente se había permitido una pequeña rebeldía y era una melena rubia y ondulada que siempre llevaba pulcramente recogida en una coleta. De reojo se miró en uno de los espejos que vestían los pilares de la sala y sonrió satisfecho ante lo que vio. Levantó la copa y brindó consigo mismo.

—Por ti.

La imagen elegante y decidida le devolvió el brindis y Marco, como había predicho antes de recibir su copa, se sintió en la cima del mundo. Sin pensar, se llevó la bebida a los labios y la apuró de un trago repitiendo el ritual de cada fin de semana.

Regresó a la barra y se encontró con un *Tom Collins*, adornado con una rodaja de lima como a él le gustaba, esperando en la barra bajo la pícara y atenta mirada de Brenda. Marco aprovechó para contemplar de nuevo el escote de la camarera antes de darle la espalda con la copa en la mano. El primer cóctel de ginebra cumplió con su cometido y se le subió a la cabeza en seguida. Maldijo en voz baja y le echó la culpa a su falta de apetito.

Buscó donde dejar su copa pero no encontró ninguna mesa vacía por lo que se encaminó hacia los baños con el cóctel en la mano. Entró en un vestíbulo decorado al estilo años veinte y allí abrió la puerta del aseo de hombres que encontró vacío. Dejó la bebida en la encimera y se contempló en el espejo. Su reflejo era el de un hombre agotado, pálido y con dos suaves manchas oscuras bajo los ojos ganadas a pulso noche tras noche.

—Tío, necesitas descansar.

Esta vez nadie levantó una copa por él ni aplaudió ninguno de sus chistes porque estaba solo; más solo de lo que nadie podía llegar a imaginar. Pero no le importaba porque ésa era la vida que había escogido; la vida que él mismo había buscado tras huir de su hogar con tan solo diecinueve años y con el hambre de quien cree que puede comerse el mundo. No solo se lo comió sino que se lo puso por montera.

Marco bebió de su copa antes de meter la mano en el bolsillo de la chaqueta para sacar un pequeño cilindro de metal. Lo miró durante varios segundos y volvió a maldecir. Guardó el tubito en el mismo lugar de donde había aparecido y abrió el grifo del agua fría que acabó empapando todo su rostro. Dejó caer la cabeza con pesadez y resopló con fuerza al tiempo que unas cuantas gotas regaban la superficie cristalina del espejo. Se secó el rostro con una toallita de papel, se contempló una última vez en el espejo y, con la sensación de una opresión en la boca del estómago, cogió la copa y salió del aseo.

—Pensaba que no ibas a salir nunca, querido.

Marco se encontró de bruces con una mujer morena de unos cuarenta años que lo esperaba y que se abalanzó sobre él sin contemplaciones. Plantó sus labios en los del empresario y, con ayuda de la lengua, se los abrió con ímpetu desmedido mientras le agarraba sus atributos masculinos y apretaba con desesperación. Marco se revolvió y consiguió separarse de ella que, casi al instante, volvió a la carga.

—¡Basta! ¡Tu marido está ahí! —exclamó Marco empujándola con suavidad.

—¡Ya está borracho! —espetó la mujer ofendida—. Además, ¿desde cuándo te ha importado eso?

—Desde que necesito el apoyo político para conseguir una puta licencia —respondió Marco con acritud—. Ahora, los políticos van de honrados por la vida aunque todos sabemos que es mentira. Tu marido es el único concejal al que puedo untar.

Ella volvió a acercarse a él con movimientos felinos y sensuales.

—¿Por qué te crees que sigo a su lado? La tiene muy pequeña y me aburre en la cama. No como tú. —La mujer pasó su dedo índice por el pecho de Marco y se pegó a él aún más—Si no fuera por su dinero...

Él chasqueó la lengua aburrido y miró a la mujer con indiferencia.

—Supongo que eso es lo que buscas de todos los hombres.

Para su sorpresa, ella se apoyó en la pared del vestíbulo, se subió el vestido y le mostró su pubis rasurado.

—No te equivoques. De ti quiero un buen polvo y me lo vas a dar ahora mismo.

Marco miró hacia el salón del restaurante y cruzó los dedos para que nadie acudiera a los baños en ese preciso instante.

La mujer del concejal se levantó aún más el vestido, se giró con lentitud para que él pudiera contemplar sus generosos glúteos y entró en el aseo de mujeres no sin antes lanzarle a Marco una mirada significativa. La puerta se cerró tras ella y el empresario se mantuvo firme con la vista puesta en el cartel que representaba a una mujer de la *Belle Epoque*. Resopló con desgana, dio un paso hacia el aseo y volvió a detenerse. Apuró la copa de un solo trago, se agachó, la dejó en el suelo junto a una papelera dorada y regresó de nuevo al salón. Miró de reojo la mesa Vip donde resultaba evidente que el concejal, con una servilleta atada alrededor de la frente, había bebido demasiado y caminó hasta su mesa donde Cristian lo esperaba. Lo miró de arriba a abajo y sonrió con picardía.

—Si no fuera porque solo han pasado diez minutos, diría que vienes de estar con una mujer —bromeó sin saber que había dado en el clavo.

Marcó firmó un papel que había junto a su plato y tiró el bolígrafo encima de la mesa.

—Me voy a casa a descansar —dijo en voz alta para que todos los comensales lo escucharan—. Está todo pagado. Disfrutad y muchas gracias por venir. Se dio media vuelta y salió del local con Cristian pegado a sus talones.

Nada más pisar la acera, un chaval con un chaleco amarillo fluorescente echó a correr en dirección a una bocacalle y regresó conduciendo un deportivo de color negro que detuvo junto a Marco. El empresario le dio un billete de veinte euros a cambio de las llaves y el chico correspondió con una reverencia. Abrió la puerta del conductor al mismo tiempo que Cristian abría la del copiloto y los dos hombres aterrizaron en su interior a la vez.

—¿Qué te pasa? —preguntó Cristian sin andarse por las ramas.

—Estoy cansado. Me voy a casa.

El abogado bufó y se movió en el asiento buscando algo en el bolsillo del pantalón.

—Nos conocemos desde hace tiempo y a mí no me engañas. Nunca desaprovechas un buen polvo...

—Estoy cansado —le cortó de malos modos—. Ya te lo he dicho.

Cristian consiguió extraer del bolsillo lo que buscaba y se lo enseñó a Marco que negó con la cabeza.

—Ahora no me apetece. Necesito otra cosa.

Mientras el abogado preparaba una raya de cocaína sobre el salpicadero del coche, Marco sacó una botella de ginebra que guardaba en la guantera y le dio un largo trago acompañado del sonido inconfundible de una poderosa inhalación. Cristian estornudó casi al instante y se limpió la nariz con un *kleenex*.

—Eso te va a matar.

—No te hagas el inocente que conozco muy bien el botecito que guardas en el bolsillo derecho de la chaqueta. —Marco sonrió de medio lado—. Además, la ginebra tampoco es agua bendita.

El empresario levantó la botella a modo de brindis y apuró la mitad de un largo trago.

—¡Por el dinero! —exhortó.

—Y las mujeres.

—¡Por el poder!

—Y las mujeres.

—¡Por el éxito!

—Y las mujeres.

Marco apuró el resto de la botella y la tiró en el asiento de atrás de mala gana. Beber no solía convertirlo en una persona divertida y hoy estaba de peor humor que de costumbre.

—¡Largo de mi coche! —exclamó de repente.

Cristian lo miró de reajo y abrió la puerta del copiloto. Lo conocía demasiado bien como para saber que Marco, en ese estado, era muy mala compañía.

—Hasta mañana, pitufo gruñón. —Le enseñó el dedo corazón extendido y cerró la puerta con fuerza.

Marco se quedó un instante con la cabeza apoyada en el volante antes de meter la llave en el contacto. Comprobó que su amigo había desaparecido dentro del local antes de ponerse en marcha. Percibía los sentidos abotargados pero no le importaba. Había conducido en ese estado un millón de veces y se conocía el camino a su casa de memoria.

Pisó el acelerador y el coche rugió bajo sus pies. Abandonó la ciudad y tomó la ancha avenida que llevaba a su chalé situado en una de las mejores urbanizaciones de Madrid. Tan solo le quedaban unos pocos metros para atravesar el puesto de control cuando unas luces azules intermitentes iluminaron la noche y el interior del deportivo.

—¡Mierda! —exclamó Marco al mirar por el espejo retrovisor y descubrir un todoterreno de la Guardia Civil a su espalda. Pensó en acelerar pero hasta él, en su estado, sabía que era una locura. Así que frenó poco a poco y detuvo el coche en el arcén. Se quedó quieto como una estatua con las manos sobre el regazo hasta que escuchó un golpe en la ventanilla. Sin mirar, apretó el botón y el vidrio descendió acompañado de un suave zumbido.

—Buenas noches —saludó Marco con educación sin mirar al agente—. Quería un *Whopper* con doble de queso, coca cola mediana y patatas grandes. ¡Ah! Y ketchup y mostaza.

—Buenas noches —saludó un agente al tiempo que se llevaba la mano a la frente en un gesto instintivo pero con la dureza del que no le gusta que le tomen el pelo—. No sé si se percatado pero acaba de pasar por un control de velocidad a ciento sesenta por hora.

—Tampoco es para tanto —replicó Marco con chulería y sin mirar al agente.

—Teniendo en cuenta que es una vía con límite de sesenta... —El agente esperó la contestación del empresario pero ésta no llegó ni tampoco ninguna reacción por su parte.

—¿Se encuentra bien?

Ante el silencio de Marco, el agente apretó un botón de una linterna que portaba en la mano y alumbró el rostro del cocinero y empresario que entrecerró los párpados al sentir el haz de luz. Barrió el interior del vehículo y se detuvo en el asiento de atrás donde descubrió la botella vacía de ginebra.

—¿Eso qué es?

—Una botella —contestó Marco sin inmutarse—. Debería salir un poco más de marcha.

—No se haga el gracioso. Ya sé que es una botella —espetó el agente molesto por el tono utilizado por el empresario—. ¿Es suya?

—Sí, es alcohol para las heridas.

El agente iluminó la parte delantera del vehículo y mantuvo el haz fijo en el salpicadero.

—Y eso supongo que es talco para el culo. —El agente sonrió con malicia y se separó un par de pasos del vehículo con la mano derecha apoyada en la culata de su pistola—. Baje del vehículo muy lentamente.

Marcó abrió la puerta obedeciendo al agente y se mantuvo en el asiento con los pies apoyados en la hierba del arcén. Se inclinó hacia delante y apoyó los codos en las rodillas.

—¡Le he dicho que baje del vehículo! —exclamó el agente sin desenfundar el arma pero en tensión.

Ante la pasividad de Marco, el guardia civil se acercó a él para obligarlo a descender del coche pero, justo en el instante en el que posó la mano en su hombro, el empresario vomitó sobre sus zapatos y, acto seguido, se echó a reír.

—No puedo bajar porque hay una pota y no quiero mancharme.

El agente, visiblemente enfadado, tiró de él con violencia, lo giró y le estrelló contra el coche mientras le ponía las esposas.

—Está detenido.

A pesar de todo, Marco no pudo evitar soltar una carcajada que resonó en la noche aunque sabía que esta vez se había metido en un buen lio.

Dos

—¿No puedes quedarte un poco más?

—Bueno, si no te importa que dé a luz aquí, en mitad de la cocina... —La joven sacudió la cabeza, agitando su larga melena de color azabache, y se dejó caer en una de las diez sillas que acompañaban a una inmensa mesa de madera ajada por el paso de los años.

—No es eso, Aurora. Ya sabes que soy la primera en desear que pases tiempo con Saúl.

—Si pudiera quedarme lo haría, Gabi. Ya me conoces.

—Lo sé. Lo que pasa es que te voy a echar mucho de menos. Esto no será lo mismo sin ti y sin tus espaguetis con tomate.

—Yo también te voy a echar mucho de menos. A ti y a los niños.

Aurora se acercó a su joven jefa y se inclinó a su lado con esfuerzo. Tan solo le quedaba un mes para ser madre y se sentía pesada y muy agotada. Tenía treinta y ocho años y la noticia de su embarazo resultó un milagro para todos. Diez años antes los habían desahuciado en la Seguridad Social y no tenían dinero para pagar un tratamiento de fertilidad en cualquier clínica privada por lo que la llegada de la pequeña Isabel era un auténtico regalo.

Gabriela sujetó a su amiga y empleada y la invitó a levantarse para, acto seguido, apoyar su cabeza en la barriga abultada.